ra que traia el coche, se apearon en la posada en que paraba aquel.

Elvira pidió un cuarto de los más baratos: su compañera de viaje, que era una mujer vulgar, un tanto resentida del obstinado silencio que habia guardado todo el camino, no la dirigió ni una palabra de despedida, ni un ofrecimiento; la jóven tenia fiebre y se acostó así que le dieron su habitacion, rechazando todo alimento y toda conversacion.

Al dia siguiente no se pudo levantar; su cabeza ardia, su cuerpo temblaba; la dueña de la posada subió y le preguntó rudamente si no tenia algun pariente en Madrid, añadiendo que no podia permanecer en su casa.

Elvira hizo un esfuerzo supremo para reunir sus ideas y dió las señas de su tia, en la calle de Fuencarral; pero á través de las nieblas de la fiebre, que llenaban su cerebro, se dijo que su tia, airada, no querria verla; así es que añadió:

—Si me pongo peor y mi tia no viene, llévenme ustedes al hospital, pues á nadie más tengo en el mundo.

Quince dias despues, la desdichada jóven abrió de nuevo los ojos á la luz; un semblante dulce y benévolo se inclinaba hácia ella: era el de su buena tia; esta la abrazó tiernamente y le dijo que así que estuviera algo más aliviada, la trasladarian á su casa.

—Entre tanto,—añadió,—yo continuaré á tu lado como hasta aquí: la hermana de tu padre ha deplorado tu falta, pero en su corazon solo hay perdon y cariño para tí; sí, querida mia, en tanto que tú huias de mi lado yo te conservaba tus pobres recursos, y aunque poco, tienes algo de que disponer; el producto del mobiliario de tu buena madre está en mi poder, y es tuyo; además tienes tu pension de orfandad, y á mi lado puedes vivir tranquila, ya que no feliz.

Algunos dias despues, Elvira partió con su tia, convaleciente ya de su larga enfermedad, que habia durado dos meses.

Pero ocho dias despues, la buena señora la buscó en vano: solo halló encima de la cómoda de su cuarto la siguiente carta:

"Perdóneme usted, mi querida y respetable tia, el partido extremo y desesperado que he tomado: necesito un padre para el hijo que llevo en mi seno... Es mi deber buscarle, y lo conseguiré ó perderé la vida en el cumplimiento de ese deber, ya que he desatendido otros tan sagrados.

"Su corazon, tan bueno, tan generoso, tan noble, me comprenderá; hay faltas graves que traen en pos de sí graves y amargas obligaciones.

"Adios, mi querida tia: mi modesta pension sabrá usted á donde ha de remitirla, así que yo

tenga asilo en París; la pequeña suma que usted me entregó, producto de la venta de los muebles, me servirá para los gastos del viaje y de instalacion.

"La abraza y la bendice su amantísima y agradecida

ELVIRA."

Este segundo golpe fué terrible para la desgraciada señora; ocho dias despues, descansaba en el cementerio; murió perdonando á Elvira sus extravíos y su ingratitud.

VI.

Tres meses despues, una jóven pálida y adelgazada, se hallaba sentada al lado de una mesa en el fondo de un mísero aposento perteneciente á un *hotel garni* de la calle del Cardenal Mazarino.

El aspecto de la habitacion no podia ser más triste: el antiquísimo reló colocado sobre la chimenea, y cuya máquina estaba descompuesta, no señalaba la hora, pero podrian ser las diez de la noche; una vela de sebo puesta en un sucio candelero de éstaño, alumbraba débilmente la estancia.

En un ángulo se veia un pobre lecho cubierto con una colcha descolorida; una cómoda, un viejo buró y un lavabo muy deteriorado, con un

sillon desvencijado y algunas sillas, componian todo el mueblaje; sobre la chimenea habia un pequeño espejo cuadrado, incrustado en la pared.

La pobre habitadora de aquel aposento era Elvira; hallábase vestida de luto; su rostro demacrado no presentaba ya señal alguna de belleza; parecia haber vivido veinte años en el breve espacio de tiempo trascurrido desde que salió de Madrid.

En aquel instante parecia esperar alguna cosa con una ansiedad mortal; ocupaba el viejo sillon colocado al lado del buró, y apoyaba la mejilla en la palma de su descolorida mano; pero de cuando en cuando levantaba la cabeza y se ponia á escuchar con ansiedad.

Por fin se oyeron algunos pasos en el oscuro corredor que precedia al aposento. Elvira se levantó y corrió á la puerta.

Esta se abrió antes de que ella llegase, y una mujer apareció en el umbral, trayendo en la mano un paquete de tela blanca.

—¡Vamos! ya hay aquí costura,—dijo dejándole sobre la cómoda.

—¡Gracias á Dios!—murmuró Elvira alzando los ojos al cielo con expresion de la más viva gratitud.

—Sí, sí, alégrese usted,—repuso la recien llegada, que era la dueña del hotel, y cuya dura y vulgar fisonomía y sórdido traje la hacian re-

pugnante hasta el extremo:—¿piensa usted que esto puede durar así? Lo que usted cose llega apenas para pagarme su gasto diario; ¿y los atrasos de la enfermedad?

—¡Dios mio! si yo no sé qué hacer... ese hombre no contesta á ninguna de mis cartas... y yo me siento otra vez tan mala, tan débil...

—¿Va usted á caer enferma de nuevo?

—¡No lo permita Dios!...

—Pues lo permitirá si usted no pone el remedio.

—¿Y qué he de hacer, mi querida madama Duval? ¿No trabajo cuanto puedo? ¿No paso las noches cosiendo á la luz de una vela, que me hace perder la vista?

—¡Solo faltaba que la pusiese yo á usted una lámpara solar!

—Yo no pido eso.

—¡Lo mismo seria! lo que la digo á usted, hija mia, es que no se trata de trabajar.

—¿Pues qué he de hacer?

—No trabajar; justamente lo contrario de lo que hace; ¿por qué le pone usted la cara tan séria al vecino de enfrente? ¿No tiene un hermoso almacen de novedades?

—No hablemos de eso,—dijo Elvira con angustia;—veamos la labor que usted trae.

—Poca cosa: seis chambras y seis camisas, y durante mucho tiempo se acabó.

—¡Cómo! ¿no traerá más trabajo?

—No, señorita; ya está bien provisto el almacen por ahora y durante largo tiempo.

—Yo buscaré en otro... Además, sé hacer flores é iré á pedir ocupacion á una florista; no me desanimo, madama Duval; yo procuraré trabajar para pagarle á usted.

La pobre Elvira deshizo el paquete, sacó una pieza de tela cortada y se puso á coser con afan febril y doloroso.

La huéspeda la miró durante un instante, y en su grotesco rostro se retrató una conmiseracion profunda.

—Pero, señorita, ya que ese hombre no contesta á las cartas de usted, ¿por qué no va á verle?—preguntó despues de un instante.

—¡A verle yo!—exclamó Elvira.

—¿No sabe usted dónde vive?

—Sin duda...

—Pues vaya usted á verle, como le digo.

—¡No, no! pasaré acaso por esa humillacion cuando haya nacido mi hijo... por él solo... y lo miraré como el cumplimiento de un deber doloroso; por mí... jamás.

—Esos escrúpulos la tienen á usted tan mal.

—Acaso tiene usted razon... pero no puedo vencerlos... En fin, prefiero salir á buscar labor... y mañana mismo lo haré... bastante ha hecho usted ya por mí, mi querida madama Duval...

La huéspeda salió enjugándose dos lágrimas.

—Es un ángel,—dijo;—pero toda su vida estará en la desgracia; el siglo no es de ángeles!

VII.

Han pasado cuatro meses más.

Elvira, alojada en la misma casa, ocupa una habitacion mejor y más alegre; los muebles no están tan viejos como en la anterior; cortinas de persa caen delante de la ventana; cerca de la misma se ve una mesa redonda llena de flores artificiales, ya terminadas, ya á medio armar; el lecho es mejor y luce blancas cortinas: una estufa da calor á la habitacion, y á poca distancia se vé una cuna, en la que, entre limpias, aunque modestas ropas, descansa una graciosa criatura, cuya existencia no llega á un mes.

La niña tiene ya cabellos oscuros y grandes ojos, que aunque cerrados, parecen muy hermosos; su madre, sentada al lado de una mesita, termina una carta concebida en estos términos:

"Eres padre; ya que no por mí, mira por tu pobre hija. Por ella te he seguido é importunado; en cuanto á mí, jamás hubiera tratado de despertar tus recuerdos; pero ella... ella no tiene otra proteccion que la tuya sobre la tierra..."

Elvira cerró esa carta, tocó la campanilla, y la misma gruesa Mad. Duval, que ya conocemos, acudió á su sonido.

—¿Ya está?—preguntó.

—Sí, señora; tome usted.

—¿Cree usted que vendrá?

—Lo espero y se lo ruego á Dios con todo el fervor de mi alma... ¡Oh! si no viniera...

—Si no viniera volviamos á la angustiosa situacion de que momentáneamente salimos con el producto de sus flores... los dias que ha estado enferma, han consumido sus pocos ahorros; yo tambien estoy muy atrasada.

—Esperemos en Dios,—dijo dulcemente Elvira,—y lleve usted esta carta, querida señora; yo creo que el baron vendrá; pero si no viniese, yo dejaré su casa de usted, pues ya no quiero serle más gravosa.

—¿Y á dónde irá usted?

—No lo sé; pero me iré de su casa.

—Si el corazon de ese hombre se enternece, todo está remediado; y yo tambien lo espero como usted, señorita; desde que se venció usted á irle á esperar á la calle, á hablarle, me recibe más humanamente; antes era una fiera...

—¡Me he doblegado á tanto por mi hija!—murmuró la jóven:—¡á no ser por ella, antes me hubiera dejado morir!

Madama Duval salió con la carta, y Elvira, sentándose delante de la mesa de sus flores, se puso á trabajar, despues de haber besado tiernamente á su pequeña hija.

La tarde pasó así. Elvira alzaba de cuando en cuando la cabeza de su trabajo, escuchaba con profunda atencion, y volvia á su tarea con un movimiento de tristeza.

Cerca ya de las cuatro, y cuando la luz del dia empezaba á caer, se oyeron en la escalera los pasos de un hombre; la jóven se levantó por un movimiento convulsivo; los pasos se acercaron, resonaron en el corredor, se abrió la puerta, y un hombre de arrogante y severa figura apareció en el umbral...

Casi sin mirar á Elvira, se dirigió á la cuna, contempló á la niña, y dijo friamente:

—¡Es muy bonita!

—¡Y qué!—exclamó la jóven con vehemencia; —¿todo eso tiene usted que decir? ¿Solo eso se le ocurre?

—¿Y qué quieres que te diga, querida Elvira?—preguntó con su helada sonrisa.

—¡Mi hija necesita un padre, un nombre en la sociedad!

—¡Cómo! ¿Una boda? ¿Quieres casarte conmigo? ¡Es imposible! Desde que no nos vemos he tomado horror al santo estado; además, mi corazon ya no es tuyo... ni aun mio...

—Yo no le exijo que se case conmigo,—dijo la pobre jóven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas; —lo que le pido á usted es que reconozca á su hija!

—Ya hablaremos de eso; volveré muy pronto;

entretanto, Elvira, en manos de tu Mercurio con faldas dejaré con que atender á vuestras necesidades. Ahora, adios; no puedo detenerme más.

Salió, dichas esas palabras, y el ruido que hizo al cerrar la puerta, se confundió con el que produjo el cuerpo de Elvira al caer rendida á una congoja mortal.

Casi en el mismo instante entró madame Duval, trayendo en la mano una gran bolsa de seda, llena, al parecer, de monedas de oro. Su ancho rostro rebosaba de alegría; mas á la vista de la jóven inanimada, aquella expresion se apagó, sustituyendo á ella la de una pena profunda.

Dejó el bolsillo sobre la mesa y se acercó á Elvira, levantándola y reclinándola en el lecho, donde la prodigó toda clase de cuidados.

La jóven, sin embargo, tardó mucho rato á volver en sí. Al abrir los ojos, su primera mirada fué para su hija, y alzó la vista al cielo, despues de haberla contemplado como pidiéndole valor y resignacion.

Al dia siguiente, Elvira, sentada delante de su mesa, y al parecer bastante tranquila, seguia trabajando en su flores: su huéspeda se habia guardado el bolsillo del baron para cobrarse de sus adelantos; tal habia sido el deseo de Elvira; pero la buena mujer contaba con dividir aquella suma con la jóven, que tendria que aceptar, obli-

gada por la apremiante necesidad de vivir y de cuidar de su hija.

IX.

Algunos dias se pasaron así. Elvira, sujeta á un trabajo asíduo, seguia en su aparente tranquilidad, y no obstante, enflaquecia de una manera espantosa, sus ojos se hundian y sus mejillas tomaban las tintas del alabastro.

La tristeza, engendrada por la ruina de todas las esperanzas, se convierte en enfermedad y puede dar la muerte; no será una de las menores ocupaciones de la fisiología actual la de investigar por qué vías, por qué medios, *un pensamiento* llega á producir la misma desorganizacion que un veneno, y cómo la desesperacion cambia todas las condiciones de la más fuerte vida.

Elvira, sin presente, sin porvenir, sin esperanza, se dejó caer en brazos de ese desaliento amargo que cierra las puertas á todo pensamiento consolador; su vida se terminaba, pero este trabajo lento de dolor, fué alterado de repente sus condiciones por un acontecimiento imprevisto.

Una tarde, madame Duval entró sofocada, se dejó caer en una silla, y exclamó:

—¡Es una infamia!

Elvira, que mecia á su hija, y que estaba absorta en el negro abismo de sus pensamientos, ni siquiera la oyó.

—¿Sabe usted lo que ha hecho ese hombre?—preguntó la huéspeda volviéndose hácia ella.

—¿Qué hombre?—dijo Elvira.

—El baron.

La jóven se extremeció, pero guardó silencio.

—Pues bien; se ha marchado á Milan...

Una ola de sangre subió á las mejillas de la jóven; era el último golpe que le reservaba su aciaga suerte.

—¡Se ha marchado!—repitió como un eco triste, y sin saber qué hablaba.

—Se ha marchado á Milan.

—¿Cuándo?

—¡Anoche, con una cantante de los Italianos!

Elvira dejó caer su cabeza sobre el pecho. Su huéspeda prosiguió:

—He sabido que hace ya tiempo tenia relaciones de amor con esa mujer, á la que adora, y que se rie de él... Ahora ha tenido el capricho de dejarse acompañar por el baron, y se han marchado juntos á Italia.

—¡Basta, señora!—dijo Elvira:—¡déjeme usted sola, se lo suplico!

Desde aquel momento ya no volvió á hablar una palabra; rehusó todo alimento, y por la noche, madame Duval la oyó andar por su cuar-

to, hallando por la mañana el lecho intacto.

Tres dias despues llamó á madame Duval, y la dijo con dulzura:

—Mi querida señora, mañana saldré de aquí; segun me ha dicho, está pagada de mis gastos con el bolsillo que le dejó el baron; ¿no es así?

—¡Sin duda! Pero ¿se va usted, pobre jóven?

—Mañana.

—¿Y á dónde?

—Yo misma no lo sé.

—¿A buscar á ese hombre?

—¡Oh! ¡Eso jamás!—respondió Elvira con un acento tal que dejó bien convencida á madame Duval de que el baron habia muerto para ella.—No sé á dónde iré,—prosiguió;—si alguna persona viene por casualidad á preguntar por mí, diga usted que no sabe dónde me hallo. No puedo decir á usted más...

—Pero á lo menos,—añadió la huéspeda con lágrimas en los ojos,—diga usted una cosa...

—¿Qué?

—¿Sale usted de París?

—Sí, señora.

—¡Dios mio! ¿Y la niña?

—El cielo velará por ella.

Elvira no respondió, y empezó á recoger los utensilios de sus flores y su ropa en el cofre que habia traido de Madrid.

—Yo escribiré á usted á dónde ha de remitir-

me esto,—dijo,—cuando me haya fijado en alguna parte; entonces sabrá usted de mí.

Al dia siguiente, Elvira, con su hija en los brazos, á pié y llevando solo algunas monedas de plata en el bolsillo, salió para siempre de la casa de madame Duval.

En vano fué que la buena mujer la suplicase llorando que no saliera de allí; en vano que la instase para hacerla aceptar una cantidad de dinero; nada sirvió, y todas sus instancias se estrellaron en la inquebrantable voluntad de Elvira.

Diez meses más tarde, un hombre descendia de un elegante cupé á la puerta de la casa de madame Duval.

—¡Oh, señor baron!—exclamó esta, que le reconoció al instante;—¡ya no está aquí!

—¿Y mi hija?

—Se la llevó; ¿pensaba usted que era capaz de abandonarla?

—Pero, ¿dónde están?

—Nada sé; la pobre señorita me dijo que me escribiria para que la enviase su baul; pero no lo ha hecho.

—¿Piensa usted si se habrá vuelto á España?

—No lo creo; no tenia dinero, ni quiso admitir la más pequeña parte del bolsillo que usted me dejó. ¡Ah, señor baron! ¡qué valor! ¡qué dignidad! ¡qué resignacion! y sin embargo, tengo

un temor que me horroriza, que me quita el sueño, porque yo amaba á esa jóven como si hubiera sido mi hija...

—¿Qué quiere usted decir?...

—¡Temo que haya buscado en el Sena el alivio á sus penas y que se haya precipitado en él con su hija!

El baron salió de aquella casa con la cabeza perdida; engañado por la mujer á quien habia seguido á Milan, cansado de su vida de desórden, recordó, en medio del dolor ocasionado por el abandono de la actriz, el tierno y fiel amor de Elvira, la hija que tenia, la familia que podia tener... ¡Iba á buscarlas para hallar con ellas el puesto de descanso de una juventud que tocaba á su fin, y veia escapar de las manos aquel sueño de dicha inefable!

Las más infatigables pesquisas revolvieron todos los rincones de París por órden suya: ninguna señal de Elvira y de su hija pudo hallar por ninguna parte.

Seguro ya de que no se hallaba allí, fué á Madrid, obteniendo el mismo desgraciado éxito que en París.

Un año despues salió para Alemania, deseando ahogar de nuevo en la agitacion del mundo y sus placeres, los recuerdos de aquel desdichado amor y las esperanzas de felicidad que habia acariciado.

X.

Elvira no pasó á tierra extranjera, como el baron, despues de sus inútiles pesquisas, habia supuesto; como el pájaro herido, fué á buscar la tierra que la habia visto nacer; llegó á Madrid pobremente, con la escasa suma que le habian producido sus últimos trabajos de florista, y con un pasaporte que habia sacado bajo un nombre supuesto.

Los primeros dias, hasta que pudo hallar una habitacion modesta, los pasó en una casa de huéspedes, donde pagaba un diario muy escaso; y cuando por la mañana dejaba á su hija dormida, salia á buscar casa, que no tardó en hallar en uno de los barrios más solitarios de Madrid.

Un sotabanco ó quinto piso, compuesto de una salita con su alcoba, de un corredor muy pequeño y de una cocina en miniatura, que consiguió por tres reales diarios, y que tenia hermosas vistas al campo, la dió albergue, y desde el dia de su instalacion buscó trabajo á la vez en el obrador de una modista y en un almacen de flores.

Solo dijo su nombre y descubrió su retiro á un antiguo amigo de la familia, al notario de su tia, que lo habia sido tambien de su padre, que la habia visto nacer y que acogió su encuentro con trasportes de alegría.

33882
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Aquel buen hombre la dió posesion del mobiliario de su tia, convertido en una modesta suma que guardaba en depósito, y arregló de nuevo el cobro de la orfandad de Elvira, que volvió á percibirla y pudo ya tener algun descanso.

Su pequeña habitacion fué amueblada; un buen lecho con cortinas blancas y una cuna de hierro se colocaron en la alcoba, y la pobre jóven emprendió su vida de trabajo y soledad fortalecida y consolada solo con la vista de su hija, de su pequeña Elvira, que crecia y se robustecia rápidamente á su vista.

La jóven se tenia por dichosa, y de esta suerte pasaron algunos años. Deseando que su hija se sometiese á la santa ley del trabajo, que libra de tantos peligros, la enseñó cuanto sabia, y además, hizo que una profesora de música le diese leccion, para que su espíritu hallase una agradable distraccion.

Cumplia apenas Elvira trece años, cuando su madre fué atacada súbitamente de una enfermedad del pecho; muy pronto comprendió que su dolencia era mortal; iba á dejar sola en el mundo á su hija, dotada de un carácter apasionado, de una imaginacion ardiente y de una constante sed de lujo; la adolescente no tenia el carácter dulce, sufrido y paciente de su madre, su amor al trabajo, sus adorables virtudes; se cansaba de toda

ocupacion séria y constante, se consumia en aquel cuartito solitario, y solo el amor á su madre y el deseo de no disgustarla, la hacian seguir aquel triste método de vida.

Sin tener la admirable belleza de su madre, Elvira, á los trece años, era una jovencita encantadora, y que prometia serlo mucho más cuando la flor de su belleza hubiera llegado á su completo desarrollo; sus grandes ojos, su tez de nácar, los deliciosos contornos de su boca y su alta estatura, respondian de su hermosura para el porvenir.

Elvira se sentia morir; el anciano notario la habia precedido al sepulcro; su hija quedaba sola en el mundo. Hizo, pues, lo único que podia en su dolorosa situacion; la recomendó con toda la eficacia de una madre moribunda á la modista para cuyo taller trabajaba hacia doce años, y le rogó que, muerta ella, se la llevase á su lado, vendiese todo lo que su habitacion contenia y le guardase su importe, con otra pequeña suma, fruto de sus ahorros, que le entregó.

Pocos dias despues, pásó á mejor vida: á buscar la recompensa de sus penas á las regiones celestiales, donde siempre luce el sol de la misericordia divina.

La modista cumplió su palabra; recogió á la niña Elvira; la dió un sitio en su taller, otro en su mesa, y el mejor de todos en su corazon; pero

la hija del siglo tenia en su alma el gérmen de todas las pasiones violentas: nacida del amor, su sangre no era pura; no se asemejaba á su madre; el baron de Valderobles habia dejado en su camino aquel sér infeliz que debia ser víctima del abandono paternal, del desamparo y á la vez del esplendor con que tanto habia soñado.

FIN DEL PRÓLOGO.

PARTE PRIMERA.

LA FAMILIA LABBE.

Vasos de barro son los humildes,
que entre las llamas
del infortunio, cobran valor:
mas los soberbios, puestos en ellas,
son copas de oro
que se derriten con el dolor.

Felipe Jacinto Sala.

I.

Como las seis de una bella mañana de Abril serian cuando se abrió el balcon de un tercer piso de la calle de Ponciano, una de las más solitarias de Madrid, y asomó el busto encantador una mujer jóven aún, graciosa y elegante.

Un pintor que iba á admirar la naturaleza al campo, que se hallaba muy cerca de la citada calle, la vió al pasar y se detuvo para contemplarla un instante; ferviente adorador de la belleza, como verdadero artista, le sedujo aquella repentina y graciosa aparicion, y quedó inmóvil en la acera que daba frente al balcon.